

»Merino no teme, al parecer, el fin que le aguarda; ántes bien afecta sorprenderle no haberle ya sufrido.

»Pocas horas despues de haber sido preso, dijo:

«Siempre he creido que en España no habia justicia; ahora me convenzo de ello, al ver que todavía vivo.»

»Á un personaje de la nobleza que, no pudiendo contener su indignacion al ver á Merino, le apostrofó, jurándole que si él hubiera estado junto á la Reina le hubiera hecho pedazos en el acto de consumir su crimen, le dijo con una especie de dignidad salvaje:

«Entónces no hubiera Vd. hecho otra cosa que lo que hará dentro de poco el verdugo.»

»Con no ménos fiereza contestó á un jefe militar que le apostrofó en los mismos términos. «Siento, le dijo éste, no haber presenciado su crimen para haberle castigado con mi espada.—

»Todavía está Vd. á tiempo de ocupar el puesto del verdugo.»

»En cuanto á ideas religiosas, ya puede suponerse que Merino es incapaz de abrigar ideas religiosas sólidas; así es que en este punto ha contestado, á cuantos le han preguntado, con la siguiente respuesta vaga é indecisa:

«Mi religion es la Biblia.»

»Segun datos que ha podido adquirir *La Esperanza* del personaje, infaustamente célebre, que hoy ocupa la atencion general, parece que, al regresar á España en 1841, el presbítero D. Martin Merino reclamó la pen-

sion de secularizado, cuya solicitud le fué negada por el Tesoro en 26 de Mayo de 1842, como comprendida en el caso 3.º del art. 32 de la ley de 29 de Julio de 1837; mas, en virtud de una órden de 25 de Agosto del mismo año, se le señaló por el Regente la pensión acordada á los exclaustros. En 28 de Setiembre siguiente fué clasificado por la Intendencia de Madrid, y en su vista el tesorero consignó sobre esta provincia la pensión de 5 rs. diarios que por dicha clasificacion se le señalaban.

»Revisado su expediente por la Junta de clasificacion de derechos de empleados civiles, en 24 de Octubre de 1849, mejoró su clasificacion, por haber cumplido los 60 años de edad, la pensión de 6 rs. que ha venido percibiendo hasta el último pago de 1851.»

«Cuando el regicida firmó la sentencia de muerte estaba echado en el jergon; su pulso era firme y seguro; y como así se lo hiciese advertir el escribano señor Uce-lay, le dijo estas palabras:

«No veo motivo para que no sea así.»

«Dícese que el regicida Merino preguntó á su defensor si se le permitiria dirigir la palabra al público al subir al cadalso, y que el defensor le contestó que creia que no; manifestando al mismo tiempo curiosidad de saber qué era lo que querria decir, á lo cual respondió D. Martin Merino:

«Deseaba decir únicamente: Imbéciles! os compa-

dezcó, porque os quedais en ese mundo de corrupcion y de miseria.»

»Tambien se dice que preguntó si se permitiria poner sobre su tumba lo que él dejase escrito.

»En la capilla tambien tuvo una larga conferencia con el teniente cura de San Sebastian, discutiendo sobre algunos puntos teológicos.»

«El regicida tomó anteayer chocolate en la capilla, elogiando mucho la calidad de éste, dando las gracias á los hermanos de la Caridad porque se le habian servido bueno, bien hecho y mejor que el que él tomaba de nueve reales, y del que dejó en su casa una tarea casi entera.

»Al oficial de la guardia, D. Cárlos Ponsal, le dijo que se parecia mucho al difunto duque de Orleans, de quien hizo los mayores elogios, asegurando que le tenía muy visto y áun algo tratado.

»Poco despues entraron los hermanos de la Paz y Caridad, diciéndole uno de ellos que venian á preguntarle, segun costumbre, su nombre, edad, patria, estado, deudas, etc.; á lo cual contestó:

«Pues póngalo Vd. todo, menos las deudas, que no las tengo, ni nunca las he tenido.»

»Dijéronle los hermanos que podia disponer de la cuarta parte de las limosnas, á lo que contestó agradecido que, no necesitándolo para nada, lo dejaba á la hermandad.

»Á las nueve se quedaron ya solos con él dos de dichos hermanos, el referido presbítero D. Miguel Marti-

nez y Sanz, el oficial de la guardia y dos alguaciles.

»Hablóle, entre otras cosas, el sacerdote del perdon á los enemigos, y de la obligacion que tiene todo cristiano de pedir perdon á aquellos á quienes ha ofendido; y acordándose entónces de lo mucho que habia ultrajado la noche anterior al gobernador de la provincia, hizo que le llamasen para pedirle perdon.

»Efectivamente, no tardó mucho en presentarse, lleno de amabilidad para con el reo y de atencion para los circunstantes, especialmente para con el sacerdote.

»Ademas de pedir perdon á S. E., encargó al presbítero pidiese perdon, así á las personas reales como á los excelentísimos señores arzobispo de Seleucia y duque de Valencia; é instado á que, por lo que hace á S. M. la Reina, él mismo lo hiciese por medio de un sencillo y lacónico escrito, accedió gustoso á ello, suplicando al señor cura de Chamberí se tomase el trabajo de redactarlo, lo que en seguida hizo sobre la misma cama del reo, el cual, despues de habérselo hecho leer dos veces, y hecho algunas observaciones para que no se tomase como una peticion de indulto, *que ni merecia ni queria*, le firmó con mucho gusto y con pulso firme, haciendo otro tanto los circunstantes.

»Despues habló de sus desgracias pasadas, atribuyendo á ellas la causa del desastroso suceso que le ha reducido á tan triste situacion.

»Tambien habló con grande elogio de su criada, á quien dejó quince onzas, de las que estaban tanto tiempo enterradas en el tiesto, como indemnizacion de los perjuicios que involuntariamente le habia causado.

»Rióse muy naturalmente al saber que ya los periódicos se han ocupado de esto, y manifestó deseos de saberlo, así como todo lo demás que sobre él han dicho aquéllos estos días.

»Refirió parte de sus pasadas desgracias, mucho mayores, en su juicio, de las que han pasado y pueden pasar otros.

»Á las once y media tomó un vaso de agua con esponjado, y á esa hora le dejó el señor cura de Chamberí, reemplazándole D. Carlos Cerdero, teniente cura de Santa Cruz.

»Continuó hablando, sin querer descansar ni que le dejaran solo, hasta las dos de la madrugada.

»Soltó la carcajada al contemplar la figura que haría montado en el burro y con la hopa amarilla, y dijo que al llegar al tablado iba á pedir por favor al verdugo que, ántes de darle garrote á él, ahorcase al burro.

»Á las dos se le dejó descansar y ha dormido profundamente hasta las seis de la mañana, y despues ha tomado chocolate, que es el único alimento que ha querido desde que está en la capilla.»

ÚLTIMOS MOMENTOS DEL REGICIDA.

«El valor impávido del ex-fraile Merino y su sangre fría no se ha desmentido ni una sola vez en los terribles momentos que han precedido á su ejecucion.

»Los minuciosos detalles que trasmitimos á nues-

tros lectores nos han sido proporcionados por un testigo presencial.

»Al vestirse la hopa amarilla con manchas de sangre, dijo:

«Vaya un dominó corto! no se parece á la túnica de César.»

»Para despedirse de los que le acompañaban, exclamó: «Agur, señores! Agur, señores!» con la serenidad más completa.

»Despues que se vió fuera del edificio se fijó en el verdugo y en el pregonero, y dijo:

«Buen par de acólitos me he echado! me han lastimado las piernas y las manos.»

»Como le instasen los clérigos que le acompañaban á que recitase los salmos, dijo:

«No me molesten ustedes; yo los diré;» y balbuceó algunas palabras.

»Como le encargasen que mirase la estampa, dijo:

«Ya la miro; quiero ver al pueblo, y que me vean á mí.»

»Reñía á cada paso al conductor del burro, diciéndole:

«Torpe eres tú para criado mio con mi genio; creo que ni vas á servir para ahorcar.»

»Al llegar al medio del camino, dijo:

«¡Cuánto tiempo hace que no doy un paseo como éste, y de balde!.... qué buena borrica es ésta!»

»Poco despues le ofreció un hermano un poco de agua y vino, y le dijo:

«¿Cree Vd. que me haga falta nada, ni que me

falten el valor y la serenidad? No quiero nada; si lo quisiera, ya lo pediría.»

»Al pasar por Chamberí, miró la iglesia y dijo :

«En efecto; está muy desnivelada, y se derrumbará si no lo remedian.»

»No se sabe por qué hizo esta consideracion:

«Cuántos morirán hoy ántes que yo! y quizás de los que me están mirando.»

»Más adelante dijo :

«Esto va tan despacio como la procesion del Corpus; y ahora no molesta el sol como cuando se celebra esa fiesta.»

»Exhortado de nuevo á que mirase la estampa, dijo:

«Dejadme que mire tambien la nieve del Puerto; qué bello espectáculo!»

»Una vez que divisó el cadalso, se elevó sobre su caballería, y exclamó:

«Hé allí mi asiento! Qué bajo está! Andad, andad deprisa.»

»Al pié del patíbulo preguntó al ejecutor:

«Por qué lado me apeo?»

»Y como le contestase que por el derecho, le dijo:

«Sujétame la pierna para bajarme, y no me lastimes como ántes.»

»Ya en el suelo, miró á todos los circunstantes y se arrodilló á los piés del confesor, que tomó asiento en la primera grada del patíbulo, y en esta postura se reconcilió, por espacio de cuatro ó cinco minutos; despues subió hasta el segundo escalon, y como se dispusiera á esperar que llegase la hora marcada, el señor gober-

nador le dijo que se sentase; pero permaneció de pié, diciendo:

«Esta actitud es más digna.»

»Omitimos repetir las palabras que habló en el banquillo, dirigidas á repetir lo que ya habia dicho: *que no tenía cómplices*; concluyendo con la frase consabida: *He dicho*.

»Jamás un triste espectáculo de esta clase atrajo más concurrencia; puede decirse que Madrid quedó desierto, y que todos sus habitantes fueron á presenciar la ejecucion del regicida.

Hasta aquí *El Clamor Público*.

En su juicio y en los detalles sólo procuró satisfacer la curiosidad de sus lectores, como si ésta fuese la única mision de la prensa.

Veamos ahora cómo se expresaron los demas periódicos, y con especialidad los progresistas, pues no es justo queden relegadas al olvido las peregrinas frases con que cada uno de ellos adornó sus escritos sobre el atentado de Merino.

Lástima y compasion da leer ciertos párrafos; pero nos hemos propuesto ser imparciales y justos, y lo seremos, aunque para ello tengamos que sacrificar nuestras más caras afecciones.

Algunos de aquéllos nos han hecho exclamar: La hidrofobia se desarrolla raras veces en el hombre; pero el servilismo y la adulacion son dos *enfermedades* que trastornan á menudo su economía y su cerebro.

Por qué no decirlo? Por qué no ser francos? ¿Por qué hemos de callar nuestras faltas y pregonar las ajenas?

D. Martin Merino y Gomez fué un asesino, pero no un monstruo.

Juzguémosle, pues, como asesino.

La razon y la justicia así lo exigen, y el escritor público tiene el deber de respetar esta exigencia, no dejándose llevar de sus impresiones y procurando dominarlas con el estudio y la imparcialidad propios de su ministerio, para evitar que la historia pregone un día sus errores y sus inconsecuencias.

Pero oigamos á *Las Novedades*, que despues nos permitiremos hacer las rectificaciones que la exactitud histórica reclame, pues no debe pasar á la posteridad desfigurado un hecho tan importante.

Ya hemos probado que no somos ni seremos los apologistas del regicidio.

Combatimos únicamente la pena de muerte por inmoral é inhumana, y sólo bajo este punto de vista defenderemos al cura Merino, como defenderemos al infanticida Antonio Bosquet, ejecutado en el año 1803, sobre cuyo horrible proceso llamamos la atencion de nuestros lectores.

«No es indignacion, no es ira lo que principalmente sentimos en este instante; es dolor, es vergüenza!»—decia *Las Novedades* del mártes 3 de Febrero de 1852.

«Había un gran timbre en nuestra historia, — continuaba; — el timbre de que nuestra tierra no criaba regicidas, y eso ya no existe!

»La sangre real ha corrido por primera vez en nuestro suelo bajo el puñal regicida.

»Sólo en una lucha triste entre dos hermanos que se disputaban un trono pudo creerse lo que ayer se ha visto á la luz del dia, en medio de la paz más profunda, á impulsos de un vil intento y por mano de un miserable.

»Cómo cambian los tiempos!

»Fernando VII, aborrecido por todo un gran partido, no tuvo que temer el menor riesgo, y durante la guerra encarnizada de los siete años no hubo puñal carlista que se asestase contra la augusta Cristina, ni hubo puñal entre los constitucionales que se dirigiese contra el iluso Pretendiente.

»Pero acaso no pueda decirse que hayan cambiado los tiempos. ¿Por qué el crimen de un sólo miserable ha de caer sobre toda una nacion, tan leal y tan hidalga como la nuestra? ¿Por qué un sólo asesino ha de manchar la limpia gloria del pueblo español?

»Nada sabemos aún; bueno es que se hagan averiguaciones; pero desde ahora nos sentimos inclinados á creer que no hay ningun partido, ninguna fraccion, ninguna pandilla siquiera, capaz de haber preparado é impulsado tan vil hecho. Es sin duda un arranque de insensatos ó una malvada preocupacion individual.

»Y sin embargo, el odioso criminal pagará sus crímenes; pero ¿quién nos devolverá la honra de que dis-

frutábamos? ¿quién nos devolverá la preciosa excepcion que ofrecia nuestra historia?

»Es dia de sentir dolor y vergüenza.»

Despues refiere el suceso en pocos, pero *buenos* párrafos, terminando uno de ellos con estas palabras:

«Al salir nuestra querida Reina de la capilla real, radiante de belleza, de juventud y de religiosa uncion; al prepararse para presentar á la Virgen el tierno vástago concedido por la Providencia á su ardiente amor maternal y á las esperanzas de los españoles; en este momento solemne, grande, que hace época en la vida de una nacion, un criminal incalificable, un desalmado cruel se presenta á S. M. y atenta contra su vida con un puñal asesino.»

Y concluye esta reseña exclamando:

«Dios ha salvado la importante vida de nuestra Reina.»

Más abajo dice:

«Como consecuencia del infame atentado cometido contra la persona de S. M., se ha hablado todo el dia de ayer de diversas medidas tomadas por el Gobierno para hacer abortar cualquier plan, cualquiera intentona descabellada que pudiese estar en relacion con el crimen execrable que ayer ha llenado de consternacion á todo Madrid.»

El miércoles 4 decía :

«Aun no hemos podido apartar los ojos del suceso horrible que anteayer cubrió de luto á la córte, que hoy ya infundia indignacion y vergüenza en los pechos de todos los españoles, que dentro de algunos dias será escándalo del mundo.»

De esta manera sigue lanzando improprios y epítetos terribles contra Merino, exclamando en otro párrafo :

«Qué tiene que ver Ravaiillac con él? ¿Qué tienen que ver con él los sanguinarios jueces de Carlos I y los verdugos de la familia real de Francia? No hay ninguno de ellos que en lo odioso, en lo vil, en lo repugnante, pueda compararse con el regicida Merino, súbdito ingrato, español indigno, sacerdote sacrílego.»

En el siguiente concita los odios contra aquel desgraciado, y habla de ley, de justicia y de desagravios de una manera harto inconveniente, atendido el estado de la causa, que era el de sumario, y el deber de humanidad que la prensa tiene que cumplir.

«El brazo de la ley pesa ya sobre él, y sin duda hará pronta y eficaz justicia. Justicia que desagравie á la nacion que ha afrentado, que expíe el delito inmenso que ha cometido; no justicia que sirva de ejemplo para lo futuro. Porque estamos seguros, segurísimos, de que semejante suceso no puede repetirse.»

Y termina el artículo de entrada con este párrafo:

«Viva la Reina! fué el grito que la indignacion del primer momento hizo brotar en los labios de todos los que presenciaron el crimen.—Viva la Reina! es hoy el clamor de la España entera.—Y vivirá, porque Dios no podrá ménos de oír los fervientes votos que le elevan tantos millones de españoles.»

En un suelto dice, entre otras cosas:

«Las últimas noticias que tenemos del estado de su majestad son favorables. Anoche, personas bien enteradas aseguraban que nuestra Reina se hallaba fuera de peligro, y que la herida caminaba á una feliz cicatrizacion.

»En cuanto á la suerte del infame regicida, hé aquí los detalles de su causa.

»Ayer á las cinco y cuarto la habia devuelto despachada el abogado defensor que de oficio se ha nombrado al reo, que lo es el Sr. Urquiola. La defensa consiste en haber articulado pruebas de demencia. Á este propósito contaremos la entrevista del referido Sr. Urquiola con Merino, la cual no desmiente en nada la salvaje ferocidad de éste.

»Cuando el jóven abogado se presentaba al regicida para cumplir uno de los más santos aunque terribles deberes que impone aquella esclarecida profesion; cuando se ofrecia al reo, escarnecido por la sociedad entera, el recurso consolador que la ley le destina; cuando un hombre, en fin, hacía abnegacion de un sentimiento hondamente grabado en todo español para cumplir con un alto y bienhechor principio de justicia, que reco-

mienda que á ningun criminal, por grande que sea, se condene sin oírle; en este trance, decimos, ese asesino, en quien no existe un sólo átomo de sensibilidad, para quien toda consideracion humana es desconocida; ese monstruo abortado para nuestro dolor y vergüenza, contesta al abogado simple y llanamente lo que nuestros lectores van á ver: «En vano se cansa Vd. en buscar defensa; lá única razon que Vd. puede alegar es que estoy loco, y yo me encargo de desmentirle si así lo hace.»

»La ley, sin embargo, que, justa al par que severa, tiene, áun para con criminales de esta especie, verdaderas aberraciones morales de la humanidad, trámites invariables de justicia, siguió sin perder un momento la marcha del proceso.

»Á las cinco y media fué reconocido el reo por los facultativos de la Cárcel, los que en seguida prestaron declaracion, celebrándose á las seis la vista en el mismo Saladero.

»Á las ocho de la noche se recibió la causa en la Audiencia, procediéndose luégo á su repartimiento, y tomándola á su cargo el relator D. Torcuato Arroquia y el escribano D. Gregorio Ucelay.

»Segun lo que se nos aseguró por todos allí, y teniendo presente la actividad que todos desplegaron en tal asunto, es de creer que á las ocho ó nueve de hoy se verifique la vista en estrados del proceso, y que la sentencia dictada en primera instancia haya recibido confirmacion.

»Esta sentencia es de muerte; y por cierto que, al

ser notificada al reo, inspiró á éste las siguientes palabras: «Encarguen ustedes que el tablado sea muy alto,» sin duda con el objeto de arengar á la multitud que correrá á presenciar su ejecucion, la cual parece que tendrá lugar hoy mismo, tal vez, ó mañana, fuera de la puerta de Santa Bárbara.

»Dejamos aquí la pluma, despues de haber tratado de llenar en lo posible el molesto deber que nuestra profesion nos imponia hoy, y la dejamos principalmente porque, en medio de la indignacion que domina nuestros pechos, y de la *rabia* que nos producen las mil anécdotas, únicas que del Merino llegan á nuestros oidos, no quisiéramos acordarnos de aquella eterna máxima de Jovellanos, grabada hoy en algunas de nuestras cárceles, que dice: *Odia el delito, y compadece al delincuente.*»

Al dia siguiente volvió á ocuparse del asunto, y consignó:

«Inútil sería que quisiéramos apartar los ojos del funesto atentado cometido contra la augusta persona de S. M. la Reina. La opinion pública está fija de tal manera en él, que todos nuestros esfuerzos no conseguirán darle otra direccion, ni por un momento. Á la verdad, nosotros tampoco lo pretendemos. Es demasiado grande el espectáculo que estamos presenciando para que deseemos apartarlo.

»Madrid está ostentando toda su antigua lealtad, toda la antigua hidalguía de nuestra tierra. Estamos ciertos de que en todas las partes de España se repre-

sentará el propio espectáculo. Esto debe consolarnos un tanto, si consuelo cabe en la desgracia que lamentamos.

»Nos limitamos, pues, á estampar en nuestras columnas cuantos documentos y cuantas noticias lleguen á nuestras manos sobre el gran asunto del día.

»La prensa entera de Madrid se ha mostrado en esta ocasión como era de esperar de los españoles; toda ella ha reprobado ardientemente y sin restriccion alguna el hecho bárbaro que hemos visto espantados; toda, sin distincion de colores ni afecciones, ha demostrado el sentimiento más vivo y la indignacion más grande. Hubiéramos querido, sin embargo, no ver en alguno que otro periódico, en *La España*, por ejemplo, tan comedida é imparcial generalmente, ciertas expresiones que parecen escritas para probar que el regicida Merino ha engendrado el deseo de su crimen en las ideas de un partido determinado. Esto no es justo, esto no es digno de un periódico como *La España*.

»Más justa y circunspecta *La Nacion*, con la cual estamos conformes, hace las reflexiones de que los carlistas defendieron con bizarría y con nobleza sus banderas en los campos de Navarra y en las crestas de Cataluña, y añade:

«El regicidio es una doctrina que por desgracia recibió las apologías de un jesuita español; mas por fortuna es una ignominia que sólo han aceptado algunos extranjeros. El que hace cuarenta y ocho horas cargó con esa afrenta, no tiene de español más que el ser

hijo de españoles, español renegado, á quien sus padres maldicen desde la tumba, á quien nosotros comparamos con esos aerólitos que un fenómeno atmosférico hace caer sobre la tierra.

. ¿Creen algunos que el *republicanismo*—dado el supuesto de que el partido republicano exista entre nosotros—ganaría algo en las consecuencias de semejante infortunio? Nó.

»En primer lugar, la dinastía legítima está asegurada con una sucesion directa, y al rey Isabel II remplazaria inmediatamente el rey Isabel III.

»Descartados los principios republicanos, no hay otros sino los absolutistas que se hallen en pugna con los que simboliza la dinastía constitucional.»

Las Novedades se contentó con citar estos párrafos de *La España*, sin duda porque estaban en relacion con sus ideas políticas, y vuelve á remitirse al silencio, quizá por un resto de prudencia, ó tal vez porque necesitaba tiempo para buscar y rebuscar frases retumbantes, epítetos groseros ó anécdotas que perjudicasen al reo que se hallaba sujeto á la accion de los tribunales, sin considerar que el asesino del dia 2 de Febrero era el 3 un desgraciado á quien la ley y sólo la ley podia y debia juzgar, así como la sociedad entera compadecer.

Pero el dia 6 rompió su estudiado silencio para

echarla de patriota, reconviniendo á los periódicos que se habian dado por aludidos respecto á la procedencia política de Merino, y dijo:

«No concebimos, á la verdad, por qué haya de empeñarse ningun partido político en probar que el regicida Merino no le pertenece, que ninguno de ellos pensaba ni tenía interes alguno en ejecutar el crimen horrible. Hay cosas que quien se pone á probarlas se denigra, cosas que no deben negarse porque el negarlas ofende.

»Los progresistas no han podido pensar en ese horrible crimen, por lo mismo porque no han pensado en él los moderados; por lo mismo porque no han pensado en él los absolutistas; porque, en una palabra, no hay ni puede haber dos españoles capaces de tramar ó de ejecutar lo que ha tramado y ejecutado el regicida Merino.

»Y á la verdad, que ni siquiera puede decirse que el regicida Merino piense como ninguno de los partidos que hay en España. En la época de 1820 á 1823, cuando no habia moderados ni progresistas, fué constitucional, es decir, que fué tanto de unos como de otros. Despues de aquella época ha vivido nada ménos que once años en Francia, durante los cuales ha olvidado, sin duda, las tradiciones de su patria, las costumbres de sus conciudadanos; ha respirado el aliento de la sociedad que produjo á Jacobo Clemente y á Ravallac, y á Robespierre y á Sourel.

»Lo hemos dicho y debemos repetirlo. Hay cosas de que, si el hombre honrado se defiende siquiera, se amancilla. pero si hubiera alguna (habla de razones), que públicamente acusase á un partido cualquiera de haber promovido el regicidio, los del partido acusado podrian decirle por toda respuesta: «Somos españoles.»

Llegó el dia 7, y en tono magistral publicó los siguientes párrafos:

«Hoy es el dia en que debe satisfacerse la vindicta pública, horriblemente ofendida con el crimen del regicida Merino. Hoy, el sanguinario ex-fraile va á expiar como merece su inaudito atentado.

»Pero cuenta que es esto lo que hoy va á presenciar el pueblo de Madrid; una expiacion, no un escarmiento; una satisfaccion á la justicia y al ultrajado decoro de nuestra patria, no una enseñanza que necesite ser saludable.

»El pueblo español lo sabe todo en este punto; sabe cómo debe tratar á las reinas y cómo debe tratar á las señoras. Y ¡plegue á Dios que siempre así suceda! Porque el patíbulo es poco escarmiento para el regicidio; la muerte de un hombre no compensa lo enorme del crimen, no liberta, no precave á la sociedad de tales malvados (1).

(1) *Las Novedades* hubiera querido, sin duda, restablecer la Inquisicion para achicharrar vivo á Merino, como lo achicharraron muerto. Qué liberales y qué liberalismo!

»Al regicida de Enrique III sucedió el regicida de Enrique IV; al asesino del duque de Berri, los muchos asesinos que atentaron contra la cabeza de Luis Felipe.

»A los regicidas los atemoriza la reprobacion universal del pueblo; los contiene la voz de la religion y el instinto antiguo de la lealtad. Eso los ha contenido hasta ahora en España, y eso los contendrá sin duda en lo sucesivo. Lo que ha sucedido es una excepcion, una singularidad repugnante llevada á cabo por un hombre *extranjerizado*, por un hombre que habia perdido nuestros hábitos y nuestras tradiciones.

»Los reyes de España podrán presentarse como hasta aquí, seguros, en medio de sus súbditos, sin escolta y sin precauciones. Temer que nuestros reyes caigan bajo el puñal asesino, porque tal intentara el ex-fraile Merino, es temer que el rayo caiga sobre sus cabezas, cosa que pudiera suceder, pero con la cual sería locura que se contase.

»Hoy se agrupará el pueblo de Madrid para presenciar el ejemplar castigo que se va á imponer al regicida D. Martin Merino. Hoy se estrena en nuestra patria el ropaje horrible que el Código penal señala á los parricidas y regicidas, siendo tambien hoy la primera vez que se lleva á un reo al cadalso por el crimen de regicidio. Dia infausto es hoy para la nacion española. Un asesino ha humillado nuestra altivez patriótica. Creíamos que el suelo del virtuoso é hidalgo español no producía regicidas, y nos equivocamos. El dia 2 nos ha dado tristemente á conocer que hay un hecho horroroso-

so, sangriento, sacrilego que tenemos que trasladar á la posteridad. Ya no podemos legar á nuestros hijos la inmarcesible gloria que heredamos de todos nuestros antepasados, y que hasta el presente habíamos sabido sostener con tanto brillo y tanta virtud. La generacion futura leerá con horror en las columnas de la historia las líneas sangrientas de ese terrible hecho que ha manchado nuestra fama y abatido nuestro más noble y más legítimo orgullo. ¡Cuánto ganaria la gloria española si pudiéramos arrancar tan tristes páginas! ¡Cuánto, si pudiera suprimir su aniversario, que será siempre el más grande borron de nuestra historia!

»Nuestra nacion era acaso la única de Europa y del mundo entero en cuyos anales no se leian crímenes tan horrendos. De hoy en adelante nuestra nacion está condenada á llorar los mismos rios que las restantes del mundo.

»¡Insensato el que se ha atrevido á ensangrentar los timbres más gloriosos de su patria! Con él, obligará á avergonzarse á nuestros hijos al considerar que hemos sido contemporáneos de un monstruo semejante. Nada bastó á contener su furor, ni la juventud, ni la belleza, ni la hermosura. Para él fueron preces de ningun valor la grandeza régia, el sexo, y el temor de dejar sin madre á un ángel del Señor. Su crueldad avanzó por todo, y todo lo avasalló.

»Nos queda, sin embargo, el consuelo de la mejoría de nuestra Reina. Las sinceras protestas de amor, de respeto y de obediencia que, como siempre, recibirá nuestra amada Soberana serán, en parte, suficientes

á vengarla de la injuria que un insensato se atrevió á hacerla.»

El mismo periódico decia en la *Gacetilla*:

«*Puñal regicida*.—Dice un periódico: Parece que el puñal con que cometió su odioso crimen el ex-fraile Merino tiene en su hoja varias alegorías que convendrá descifrar, porque, segun la opinion de personas entendidas en la materia, encierran cierta significacion.»

Y *Las Novedades* se hace eco de esta habladuría, ó, lo que es lo mismo, acepta como buena tan supersticiosa version! *Oh tempora!*

Despues, en són de crítica, añade:

«*Presente de un regicida*.—Parece que el Sr. Arrazola ha recibido del cura Merino el encargo de regalar su escogida biblioteca á un catedrático de la Universidad. Tambien se dice que el Sr. Arrazola, en vista de esta autorizacion, ha dispuesto que se entregue al rector marqués de Morante.»

Se conoce que su acendrado amor al trono de Isabel II le impedia ser agradecido. Por lo visto, *Las Novedades* hubiese querido que se quemase tambien la biblioteca de Merino.

Dicho periódico se expresaba el dia 8 en los términos siguientes:

«Tócanos hoy trazar la última y triste pincelada

del cuadro terrible que tiene desde el lunes asombrada á esta capital.

»Merino pagó ya su crimen, y por consiguiente, al referir los detalles de su última hora, prescindiremos estudiadamente de todo epíteto, de toda calificación.

»Murió como un cristiano, y en este momento le juzga la invariable justicia de Dios.

»El reo salió de la capilla á la una, tardando cerca de media hora en el tránsito desde el Saladero hasta el patíbulo, levantado en la parte Norte más distante del Campo de Guardias, más allá de Chamberí. Las tropas estaban admirablemente escalonadas, cual si hubiesen salido á hacer ejercicio.

»El patíbulo de madera, sin paño alguno, era más alto que de costumbre, elevándose sobre el suelo unas cinco ó seis varas. Dos cuadros de infantería y caballería formaban en derredor del cadalso.

»El regicida marchó al patíbulo en un burro corpulento, llevando la hopa y bonete amarillo con grandes manchones de sangre. En sus manos llevaba una estampa religiosa. Sus piés iban atados á la caballería. Tres sacerdotes, el verdugo, ayudante y demas marchaban á su lado, llevando el último de la rienda la caballería. Su serenidad durante todo el tránsito, tan horrible, como largo, ha sido pasmosa. De vez en cuando miraba impávido al inmenso pueblo, y despues rezaba sus oraciones sin afectacion. Su cabellera más que canosa, su barba gris, lo pronunciado de sus facciones, su birrete muy calado, todo le daba una fisonomía terrible.

»Llegado al sitio de la ejecucion pararon cerca de diez minutos ántes de subir al patíbulo, esperándose sonase la hora en que cometió el atentado. Minutos ántes de la una y media ascendió al fin al tablado, poniéndose de frente al Palacio Real; miró atentamente los instrumentos del suplicio, teniéndolos en sus propias manos, que dijo, al bajar del burro, sentia lastimadas por la fuerza con que se le colocó en él al salir de la Cárcel; se sentó en el fatal banquillo, y en seguida se levantó repentinamente para besar el crucifijo.

»Entónces se le colocó la argolla, y, pronunciando las primeras palabras del credo, espiró. (Inmenso *viva* del ejército y el pueblo.)

»Despues el sacerdote Sr. Cordero, teniente cura de Santa Cruz, con grande energía dirigió su voz al pueblo para protestar en nombre de éste y del clero español por el horrible crimen que su autor acababa de expiar en el cadalso, y que sólo debia servir en lo futuro para que la España toda diese nuevas pruebas de su amor á la Reina, concluyendo con varios *vivas* á S. M., que fueron contestados con efusion indescriptible por el pueblo (1).

»La Paz y Caridad se ha encargado despues de su cadáver, protegido por los dos cuadros de tropas y por otro tercero que formó la caballería que le sirvió de

(1) En otro lugar tendremos el disgusto de ocuparnos de esta arenga.

escolta. El pueblo de Madrid ha dado altas pruebas de sensatez.»

Por fin concluye el periódico progresista con la siguiente gacetilla, que, por lo original y peregrino de la idea que desenvuelve, merece ser conocida de todos:

«*Exposicion popular.*—Nos parecería muy conveniente que la autoridad política ó el Ayuntamiento redactara una sentida exposicion á S. M., en nombre de los leales habitantes de Madrid, en que se consignara el profundo sentimiento que ha embargado su alma por el hecho horrible que se ha cometido en la persona de su amada Reina y que sirviera como pretexto de su lealtad y como desahogo de su alma. De esta exposicion pudieran sacarse algunas copias y ofrecerlas en distintos puntos de la poblacion á la firma del público, bajo la salvaguardia de algunos empleados de la autoridad. Las dificultades que se ofrecen á las clases medias é inferiores del pueblo de hacer constar sus ardientes votos por la salud de su Reina querida es para ellas un sentimiento profundo que tienen que devorar en su alma sin esa pública manifestacion que tanto aligeraria sus corazones del peso que los agobia.»

No puede pedirse más servilismo.

A *Las Novedades* sigue *La Nacion*, tambien progresista, pero más templado y desde luego más sensato que su colega, aunque no tanto como hubiéramos de-



seado, puesto que debió empezar aconsejándole que fuese más prudente y más digno en su lenguaje, y advirtiéndole que, para censurar un acto criminal de un *vasallo*, no hay necesidad de adular á su señor.

Y decimos *señor* y *vasallo*, porque está probado, para mengua nuestra, que para los reyes no han desaparecido los privilegios del feudalismo, ni desaparecerán, por desgracia, mientras haya hombres que, á trueque de una sonrisa del monarca ó de un asiento en el festin del presupuesto, se conviertan voluntariamente en esclavos del poderoso.

Pero oigamos á *La Nacion*, y se convencerán nuestros lectores, si es que necesitan convencerse, de que, al lamentar y criticar los extravíos é intemperancia de *Las Novedades*, respondemos á un sentimiento de humanidad que no podrán ménos de aplaudir, y reconocer al mismo tiempo la justicia que hacemos á la medida y talento con que el primero de dichos periódicos trata la cuestion.

«Llena de la mayor satisfaccion salia S. M. de la real capilla, precedida de un numeroso acompañamiento y ricamente engalanada, cuando se le aproximó un sacerdote, quien hizo ademan de hincar la rodilla como para besar la real mano. Esta accion, tan comun en los españoles, á nadie llamó la atencion, hasta que un movimiento general, las voces de algunas personas, el llanto de várias señoras, la actitud ofensiva de diferentes alabarderos y las espadas desenvainadas de los gentiles hombres, vinieron á manifestar que habia ocur-

rido una cosa extraordinaria, que en los primeros momentos nadie se sabía explicar.

»*S. M. ha sido herida*, fueron las voces que con espanto general se transmitieron de unos en otros con la velocidad de un rayo. Un signo de indignacion se manifestó en los semblantes de todos, y el regicida hubiera sido despedazado á impulsos de la ira de los que llenaban los corredores del real alcázar, si la fuerza de los alabarderos no se hubiera interpuesto entre él y los que querian hacerle pagar con la vida un hecho que en los anales de nuestro país no tiene precedente.

»*S. M. la Reina*, por no alarmar más á los que con dolorosa vista la contemplaban, se repuso un poco, y entre los brazos de su augusto esposo, de la real familia, de sus damas y demas individuos de la servidumbre se dirigió á su cámara, siendo inmediatamente reconocida por los facultativos, uno de los cuales salió á tranquilizar á tantos como esperaban saber la gravedad de la herida, que afortunadamente no fué de consideracion, merced á las ballenas del corsé y á la tupidéz de la ropa con que iba vestida.

»El autor de este execrable crimen habia sido fraile gilito, órden de San Francisco reformada, y se secularizó en el año 1820.

»Dicen que goza de una regular fortuna, y que está muy versado en los poetas latinos. Habia sido capellan de coro en la parroquia de San Sebastian, y en el dia estaba inscrito en la de San Millan.

»Conducido á la habitacion del oficial de guardia de alabarderos, se le recibió declaracion por dicho se-

ñor, contestando con la mayor serenidad á las preguntas que se le hicieron, y negando la participacion de otras personas en tan inusitado crimen. Despues tomó conocimiento de la causa el juez de primera instancia del distrito de Palacio, quien parece que ha entablado competencia con el Juzgado privativo del cuerpo de Alabarderos.

»El regicida seguia anoche preso en Palacio. Ningun abatimiento mostraba, áun despues de tener lugar de recapacitar las consecuencias de su horrible crimen. Por el contrario, su ademan resuelto, las palabras un tanto desenvueltas con que contestaba á ciertas preguntas, el aire de desprecio que manifestaba á los que desde fuera de la habitacion podian mirarle á través de unas rejas, todas sus acciones indicaban que bajo aquel traje, propio de la mansedumbre y de la virtud, se abrigaba un alma sorda á todo sentimiento de humanidad y un corazon lleno de perversidad.

»El regicida habia estado por la mañana ejerciendo sus funciones en el tribunal de la penitencia; despues habia celebrado el santo sacrificio de la Misa. ¡Horrible sacrilegio, del que sólo es único juez aquel Dios bondadoso que se dignó descender á sus impuras manos!

»La causa se sigue con la actividad que la gravedad del crimen requiere. La casa del regicida fué ayer reconocida, y presa una criada jóven que le servia.»